

LA CRISIS BANCARIA EN PERSPECTIVA

Superadas las etapas más turbulentas de la crisis bancaria es pertinente analizar la experiencia, mirarla con sentido crítico para aprender de ella, indagar los elementos y las fuerzas que la indujeron y que pueden haberse quedado incrustadas en el sistema para eventualmente reaparecer y reimpulsar su recurrencia. El pasado no pasa en vano. Ocurre por determinadas circunstancias que lo provocan y promueven. Es de allí la importancia de explorarlo para que la experiencia sea útil en su contribución al diseño de las estrategias del futuro. Podríamos bien decir que la crisis sirvió como una adversidad que puso a prueba al sistema en una suerte de proceso darwiniano, y en cuya circunstancia, en una prueba de su vitalidad, sólo los más aptos y más fuertes podrían sobrevivir de la hecatombe. Cualquiera que hubieren sido sus causas más activas, la verdad es que las 18 instituciones que desaparecieron en el siniestro, fue el precio que la sociedad pagó para la sobrevivencia, relativamente fortalecida, de las 27 que quedaron.

Luis José Oropeza

ES NECESARIO ACERTAR EN EL TRATAMIENTO

Pero esas generalizaciones, aunque válidas para mirar el asunto desde una perspectiva global, no son pertinentes para ponderar la verdadera fortaleza del sistema que sobrevivió el sismo y menos aún para evaluar, en términos reales, las implicaciones financieras de lo que efectivamente pasó. Para ello es necesario calificar el valor de los activos siniestrados del sistema financiero, una vez traspasado el umbral de la gran sacudida, la cual arrancó precisamente después que se incurrió en el garrafal error del cierre del Banco Latino.

En el orden de ideas expresado, la primera de las observaciones consiste en insistir en que las crisis bancarias no pueden tratarse con los criterios que lamentablemente predominaron entre los conductores del fenómeno en Venezuela. Creyeron ellos que las fórmulas que se aplican a los otros sectores —el industrial o el comercial, por ejemplo— de dejarlos quebrar al costo social del empleo y la producción que se sacrifican, era un juicio posible de ser extendido al manejo de un siniestro bancario sin percatarse de que en este caso están comprometidas otras variables de inmensa repercusión en la economía general. Olvidaron que el funcionamiento de una economía depende del apropiado funcionamiento del sistema financiero y que una fractura significativa en el cuerpo de éste puede traer implicaciones desastrosas. Eso fue lo que ocurrió entre nosotros.

El cierre del Banco Latino y su repercusión de acuerdo a la participación que tenía en el mercado financiero venezolano, equivalía al cierre de los tres bancos más grandes del mercado norteamericano. La clausura de los bancos caídos posteriormente, significó un siniestro equivalente al que ocurriría en la economía norteamericana si se clausuraran los 48 primeros más grandes bancos de aquel sistema. Las corridas bancarias en algunos bancos desatinadamente manejados, el pánico bancario generalizado y la inestabilidad cambiaria generada por la in-

flación y la desconfianza en las políticas gubernamentales, se confabularon para agravar la inestabilidad y los desequilibrios en el sistema.

Si se pondera la cuantiosa suma dedicada a socorrer el sistema financiero y se detecta el hecho insólito de que el mismo Banco Latino, después de haberlo provisionado con más de 300.000 millones de bolívares, es capaz de generar una pérdida de igual suma en apenas dos años de gestión gubernamental, se entenderá cómo la intervención estatal y las infames políticas puestas en práctica, provocaron a la sociedad venezolana igual o mayor perjuicio que aquel causado por la gestión de los banqueros perseguidos hoy por la justicia.

Y si alguna lección debemos extraer de tantas impertinencias es una bien clara: no se le ocurra nunca a un gobierno cerrar un banco para sin discriminaciones llamar luego a sus acreedores para entregarles sus depósitos. Antes que nada, debe agotarse la instancia de auxiliar, no a los pasivos, como en Venezuela hicimos, sino a las cuentas patrimoniales, que es donde se refleja la insolvencia y la estabilidad efectiva del negocio financiero. En los únicos casos donde se actuó con esa racionalidad fue en los del Banco de Venezuela y del Consolidado, donde se asistió al patrimonio y no a los pasivos de las instituciones.

VALORES ACTUALES DEL SISTEMA.

La crisis económica general ha causado en Venezuela daños extremadamente devastadores. Pero, si en algún sector ellos alcanzan dimensiones gigantescas, es en el caso del sistema financiero nacional. Para apreciarlo cabalmente, es útil cuantificar el poder de compra externo de los valores financieros de la banca en términos de dólares. Al decidirse la privatización de la banca nacionalizada, los potenciales compradores de esas instituciones serán necesariamente inversionistas extranjeros, que deberán erogar recursos en divisas para cancelar el precio de sus adquisiciones. Es pues en divisas dolarizadas, a cuya cotización se deno-

EVALUACION DEL SISTEMA FINANCIERO EN TERMINOS DEL PODER DE COMPRA EXTERNO DE SUS ACTIVOS Y RUBROS PATRIMONIALES

(Miles de millones)

Año	90 en Bs	90 en \$	91 en Bs	91 en \$	92 en Bs	92 en \$
Tasa cambio	-	50,60	-	61,7	-	79,55
Ac. totales	827.437,00	16.352,51	1.262.347,00	20.459,43	1.576.703,00	19.820,28
C. Créditos	363.204,00	7.177,94	561.768,00	9.104,83	773.759,00	9.726,70
C. Invers.	118.862,00	2.349,05	149.053,00	2.415,77	140.313,00	1.763,83
Depósitos	650.678,00	12.859,25	1.029.368,00	16.683,44	1.308.268,00	16.445,86
Patrimonio	44.365,00	876,78	58.142,00	942,33	101.108,00	1.271,00

Año	93 en Bs	93 en \$	94 en Bs**	94 en \$	95 en Bs	95 en \$
Tasa cambio	-	17.325,13	-	170	-	290
Ac. totales	1.836.464,00	17.325,13	2.580.625,00	15.180,15	3.802.955,00	13.113,64
C. Créditos	796.903,00	7.517,95	682.249,00	4.013,23	1.178.936,00	4.065,30
C. Invers.	251.126,00	2.369,11	944.116,00	5.553,62	1.363.551,00	4.701,90
Depósitos	1.423.076,00	13.425,25	1.991.250,00	11.713,24	3.014.235,00	10.393,91
Patrimonio	137.909,00	1.301,03	178.445,00	1.049,68	330.739,00	1.140,48

No incluye B Latino. ** No incluye Bancos intervenidos. *** Equivale a 330.739.00 millones de bolívares calculados a precio de 470 el \$.

minan las transacciones del comercio internacional venezolano, como debemos representar su valor efectivo y ponderar los efectos reales que en nuestra economía tuvo el impacto de la crisis bancaria. Obsérvese el cuadro anexo. En 1991, cuando la economía registraba un crecimiento sostenido, el valor del patrimonio de la banca había llegado a los 942,33 millones de dólares. Para el 93, no obstante la caída sufrida por el bolívar ante la inestabilidad política, aquél pudo mantenerse en los 1.301,03 millones de dólares. Cuando se produce la caída brusca del bolívar, hasta ubicarse en la cotización oficial de 290 bolívares, el patrimonio desciende en 1995, a los 1.140 millones de dólares. Al aplicarse la cotización de mercado de la divisa, el valor patrimonial efectivo se reduce a 703.70 millones de dólares, una cifra inferior a la mantenida cinco años antes, en 1990, cuando era de 876.70 millones de dólares. Es pertinente reconocer que el esfuerzo de los bancos para enfrentar la adversidad ha sido enorme. En la actualidad en el sistema en general, la totalidad de la cartera crediticia demorada y en litigio, se encuentra provisionada. Estas imposiciones para enfrentar las eventualidades de la crisis permiten señalar que la banca sobreviviente ha sacrificado utilidades y beneficios a los accionistas, para fortalecer el patrimonio efectivo de las instituciones. Esos esfuerzos no deben cesar de ningún modo. No podemos dejar de advertir que si a una política de ta-

sas positivas llegamos bruscamente, para defender el ahorro nacional del impacto erosionante de una inflación galopante, en el clima de una depresión general de la economía y a tasas activas altas compatibles con las pasivas, las provisiones para resguardar las contingencias a la cartera crediticia del sistema, podrían llegar a ser insuficientes.

BANCA Y PAPELES DEL ESTADO

Una consideración adicional en este sentido es destacable. No creemos en la idea difundida por algunos de que la banca nacional está quebrada por causa de las cuantiosas inversiones en instrumentos del gobierno. Es algo que nadie puede evitar ni está, cuando las instituciones se manejan en magnitudes relevantes, en las posibilidades de controlar. Si el gobierno emite deuda interna en un ambiente de expansión de los medios de pago, ¿quien más, sino los agentes de intermediación financiera, son los que se ven obligados a adquirir esos papeles? Es en esos instrumentos, y no en otros, donde los bancos pueden invertir con mayor seguridad de recuperación. Nada es más peligroso que, en un ambiente recesivo de la economía, estimular una política audaz de expansión crediticia porque se le tenga sospecha a la solvencia del Estado y no se tenga otras alternativas a la inversión. Recordemos además que en nuestro medio no existe un mercado desarrollado de capitales, donde los bancos podrían conformar sus portafolios de inversión, con instrumen-

tos emitidos por la empresa privada. No olvidemos, por añadidura, que las normas internacionales de capitalización, establecidas de acuerdo con el riesgo de los activos financieros, inducen a inclinar la inversión en papeles emitidos o garantizados por la república, exentos en esas pautas de provisiones patrimoniales. Sólo en obligaciones estatales es posible en Venezuela crear reservas secundarias de bajo riesgo, segura e inmediata liquidación. Pero a todo evento, los resultados del siniestro no pueden ser menos patéticos. Los activos de la banca, que llegaron a 16.352 millones de dólares en 1990, se ubican en 13.113,64 millones cinco años después, es decir, 1995, si estos se ponderan a la cotización oficial. Pero, si se estiman al precio real de mercado, el monto llega al valor espeluznante de 8.091 millones. Esa sola cifra sirve para señalar el terrible empobrecimiento al que unas políticas absolutamente irracionales, han llevado a la industria financiera y en general a toda la economía venezolana.

INFLACION Y TASAS NEGATIVAS DE INTERES

Todo este patético escenario se debe a razones bien claras y objetivas. Una de ellas es la perversión generalizada del clima económico causada por la desconfianza en las políticas gubernamentales. La inflación desatada, la política cambiaría definida en términos de un absurdo control de cambios, de por sí factores que inciden gravemente en el deterioro de los

activos financieros de los bancos, fueron además acompañados por la irracional fijación, por parte del BCV, de una política de tasas negativas de interés que terminaron por estrangular el valor real de los activos, de los depósitos y de las cuentas patrimoniales del sistema financiero. La vigencia prolongada de tasas negativas de interés incentivó, inducida por el lógico propósito de resguardar el poder de compra del ahorro, y a pesar del control de cambios, una salida significativa de capitales.

En un excelente análisis del problema financiero venezolano en el ámbito latinoamericano, la economista Leonor Filardo observa que en Venezuela la fijación de sus políticas de tasas de interés en 1994 incurrió en el mismo error en el cual cayeron Méjico y Argentina en los años 80. En el caso mejicano, después de nacionalizado su sistema financiero y sólo para complacer a una política populista, el mantenimiento de tasas negativas y escasos márgenes diferenciales reales entre las tasas activas y pasivas, terminaron por arruinar los activos financieros y la intermediación financiera.

Distinto fue el caso de Chile, donde una orientación racional de sus políticas insistió en el mantenimiento de tasas positivas y buscó la remonetización de su economía mediante un programa racional de ajustes económicos. No olvidaron los estrategias del sur que la inversión productiva en la economía no es una variable sólo dependiente de la tasa de interés sino, por encima de todo, del clima de confianza y seguridad institucional que logre impulsar un programa de acción coherente. En Venezuela, tasas depredadas, donde el mercado de prestatarios supuestamente devengaba un beneficio automático por la incidencia de la inflación en el costo real del dinero, en lugar de estimular nuevas gestiones productivas, provocó una brusca caída en el crecimiento de la actividad económica. El desempleo, que llegó en 1993 a el 6%, dio un inmenso salto hasta el 14% en apenas dos años. La inversión bruta fija del sector privado cayó en el 32% en 1994 y

en el 17.5% en 1995. La incidencia de esta desorientación en las políticas llevó a miles de venezolanos a índices de pobreza, de malestar y de carencias como nunca la habían padecido las actuales generaciones.

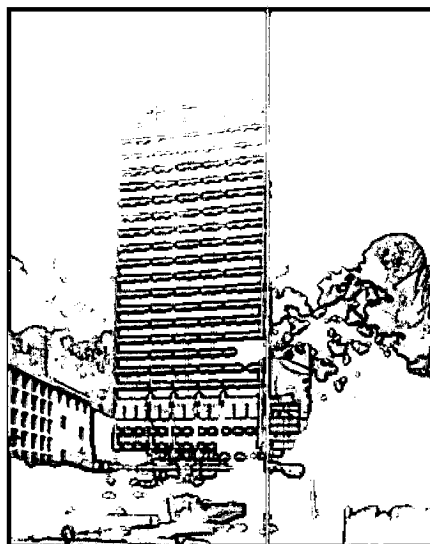
UN SISTEMA FINANCIERO SANO NO PUEDE CONSTRUIRSE SOBRE EL CUERPO ENFERMO DEL BCV

El Banco Central de Venezuela va a sufrir, a partir de 1994, uno de sus momentos más difíciles. Las decisiones que en este tiempo se adoptaron significaron un regreso al espíritu que acompañó a las políticas que en 1974 impulsaron al Presidente Pérez a nacionalizar nuestra banca central. Tenemos desde entonces un BCV mediatizado, despojado de su independencia y convertido en caja de caudales del fisco nacional. Y nada explica mejor la devastación de nuestro instituto emisor como el hecho de haber convertido su función de prestamista de última instancia en prestamista automático del fisco nacional.

El BCV se encuentra hoy totalmente descapitalizado. No creemos que la historia financiera del mundo conozca el precedente insólito de Venezuela: en su último balance, el BCV aparece con un patrimonio negativo. Las pérdidas cambiarias que ha soportado, la imposición que se le ha hecho de financiar el

derroche y la indisciplina fiscal y más recientemente el indiscriminado auxilio concedido a la banca siniestrada (la fogadización del banco central) han deteriorado en magnitudes colosales al patrimonio del instituto. Restaurar esos daños costará a los venezolanos inmensos esfuerzos. Y para que se entienda bien la urgencia de repararlos, debe tenerse presente que con un Banco Central descapitalizado y extremadamente debilitado es imposible que éste pueda cumplir cabalmente la misión de reordenar el régimen monetario de la nación. Un sistema financiero ordenado y sólido no podrá jamás lograrse sin un Banco Central sano y fuerte, capaz de enfrentar las contingencias que pudieren sobrevenir.

El éxito futuro del programa económico en marcha está dependiendo de un Banco Central concebido de una manera radicalmente distinta a como la han entendido las políticas que lo han debilitado asombrosamente. Sin un patrimonio fortalecido, sin autonomía e independencia en el manejo de las políticas monetarias y cambiarias, sin la idea de mantener la emisión monetaria respaldada por las reservas internacionales brutas y sin una decisión muy firme en la limitación del crédito a la banca y al gobierno, **sin la presencia de todo ese conjunto de requisitos**, será imposible derrotar la inflación, restablecer el crecimiento económico y entregarle al programa de ajustes un piso firme sobre el cual afinque sus posibilidades de éxito. Ojalá se entienda esta vez, y sin tardanzas, por qué el destino histórico del gobierno y del país están atados a la presencia de un banco central que cumpla efectivamente con sus deberes. Un banco central complaciente con los requerimientos inmediatos de la circunstancia social y política es el peor enemigo que puede encontrar un gobierno que genuinamente desee superar los desequilibrios que perturban el crecimiento estable y persistente de la economía venezolana. □



Luis José Oropeza es Ex-Presidente del Banco de Lara y Banco Consolidado